

ALONSO ZAMORA VICENTE (1916-2006)

IN MEMORIAM

NUESTRO compañero Alonso Zamora Vicente murió el 14 de marzo de 2006. Había nacido el 1 de febrero de 1916, en Madrid. Por más que en algunos sitios llamen a la Academia Española «la Academia de Madrid», precisamente somos minoría los miembros naturales de la capital. Alonso Zamora, que pertenecía a este exiguo número, era más madrileño que ninguno. No solo por nacimiento, sino por el madrileñismo que sobrevuela un sector notable de su creación. Había nacido en Puerta de Moros, en el cogollo mismo del Madrid viejo, al lado de la plaza de San Andrés, de la plaza de la Cebada, de la calle de Toledo. Y toda su infancia, y más, hasta que salió del Instituto de San Isidro para pasar a la Universidad, transcurrió en ese laberinto de calles con nombres antiguos, llenas de vida y de tiendas y oficios tradicionales, tal como lo ha contado después él mismo. En esas primeras experiencias, según declararía mucho después, está la semilla de uno de sus rasgos personales: el amor a la cultura y el lenguaje populares.

El segundo momento decisivo en su formación fue su paso por la Facultad de Letras de los años treinta, dirigida por Manuel García Morente. Aquella Facultad estaba, en palabras del propio Zamora, «estrechamente unida» al Centro de Estudios Históricos, especialmente en la filología española. Allí tenían su cátedra tres grandes maestros del Centro: Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro y Tomás Navarro Tomás, rodeados de otros profesores de talla como Pedro Salinas y Jorge Guillén y de jóvenes ayudantes como Rafael Lapesa, Salvador Fernández Ramírez y José Fernández Montesinos, vinculados todos a la escuela de Menéndez Pidal. Los estudiantes que tuvieron el privilegio de vivir aquel momento que duró poco más de un lustro entraban en una universidad innovadora, con una ciencia, unos métodos y una pedagogía que traían aire fresco de la Europa moderna a nuestra enseñanza y a nuestra investigación. Era un ámbi-

to impregnado del espíritu de la Institución Libre de Enseñanza, de su rigor y ética exigentes.

La Guerra Civil truncó aquella esperanzadora realidad, y a la vez torció la trayectoria de Alonso Zamora, a punto de completar en Alemania su licenciatura. Terminada la guerra, comienza una nueva etapa en la existencia de Alonso Zamora: la lucha por la vida. Es un tiempo de actividad sin pausa. En 1940 obtiene la licenciatura aplazada por las tormentas del 36. Enseguida gana por oposición la cátedra de Lengua y Literatura Españolas del Instituto de Mérida. Allí prepara su tesis sobre el habla de la comarca, con la que se doctorará tres años después. En 1942 se traslada a un Instituto de Santiago. Le llama la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid como encargado de curso de la asignatura de Dialectología Española. En 1943 gana la cátedra de Lengua y Literatura Españolas de la Universidad de Santiago. Tres años más tarde obtiene la de Filología Románica en Salamanca. Por añadidura, al cabo de estos siete años habrá publicado numerosos artículos y reseñas, varias ediciones de clásicos y algún libro propio, hasta un total de 48 publicaciones.

Un remanso al término de este movido período de su quehacer profesional supuso el matrimonio (1946) con María Josefa Canellada, compañera de estudios en aquella Facultad madrileña de antes de la guerra; discípula distinguida de Navarro Tomás, y por ello también doblemente compañera de Zamora, con quien compartió varias investigaciones, dos hijos y muchos años de unión leal.

En 1948 comienza para Zamora un nuevo capítulo: los años de peregrinaje. A partir de esta fecha, hasta 1952, sucediendo a Amado Alonso, es director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, donde funda la revista *Filología*. Vuelve a Europa, y en 1954 está en Colonia como profesor extraordinario. Después de visitar varias universidades alemanas, retoma su presencia en América: en 1960 es director del Seminario de Filología Hispánica del Colegio de Méjico y profesor de la Universidad Nacional; en 1961, profesor visitante en la Universidad de Puerto Rico. Y en 1961 y 64 aún llega con sus lecciones y cursos a los Estados Unidos.

Pero ya en 1961 la Academia Española le había adscrito a su Seminario de Lexicografía en calidad de redactor especial del *Diccionario histórico de la lengua española* dirigido por Julio Casares y Rafael Lapesa. Y sus salidas al exterior cesaron del todo cuando fue elegido miembro de número de la Corporación en 1966, y cuando después, en el 68, entró a ocupar la cátedra de Filología Románica en la Universidad de Madrid. Estamos ya en la penúltima estación del itinerario de Alonso Zamora.

Una vez en posesión de su sillón académico desde 1967, no duró mucho en su silla de lexicógrafo, ya que solo cuatro años después la Corporación le secuestró para otros menesteres dentro de la Casa, de menor responsabilidad científica, pero de mayor peso en administración y gobierno: los de Secretario. Este cargo era en aquel entonces –y lo sería hasta entrados los años 90– el que acumulaba mayores y más diversas obligaciones en la Academia, y el que por tanto llevaba consigo más sinsabores, no siempre reconocidos.

Era en aquel momento Director Dámaso Alonso, y el mandato de este, que duró hasta 1982, fue un período fecundo en la actividad de Alonso Zamora como Secretario. Aparte de la habitual labor administrativa, hubo de hacerse cargo, dentro de la penuria en que vivía la Academia, de gestionar la preparación de la edición decimonovena del *Diccionario* común, cuya anterior salida había sido en 1970, y de dirigir la revisión del *Diccionario manual e ilustrado*, obra que desde 1927 había prestado excelentes servicios a la comunidad hispanohablante y cuya segunda edición, de 1950, reimpressa después numerosas veces, ya estaba precisando una entera remodelación. Uno y otro diccionario aparecerían, respectivamente, en 1984 y 1983-85, ya bajo un nuevo Director, Pedro Laín Entralgo.

En el mandato de Laín, en el año de Rafael Lapesa como Director interino y en el primero del siguiente Director, Manuel Alvar, continuó el Secretario Zamora cuidando las ediciones inmediatas de los dos diccionarios académicos. Pero, como Secretario, solo vivió la aparición de la cuarta edición del *Manual*, en 1989, el mismo año en que él renunciaba al cargo. El *Diccionario* común vería nueva luz tres años después, ya fuera de su tutela, en 1992.

Aparte de la atención reclamada por la edición de las dos obras académicas, durante el segundo tramo de su cargo (1982-1989) tuvo Alonso Zamora dos actuaciones importantes: por un lado, regularizó la situación laboral y administrativa de todo el personal de la Casa; por otro, dio los primeros pasos en la informatización de las tareas científicas que en ella se realizaban, previos —y básicos— al ingente desarrollo que ese proceso había de alcanzar en los decenios más próximos a nosotros.

La última etapa de la vida profesional de Alonso Zamora la cubre la redacción de su extensa *Historia de la Real Academia Española*, labor que, iniciada muy atrás, llevó a buen término, en su retiro de San Sebastián de los Reyes, en 1999. Fue su servicio final a esta Casa, movido por la necesidad de llenar un vacío vergonzoso que en ella se dejaba sentir al cabo de una serie de meritorios ensayos —el más valioso, el de Rafael Lapesa— esparcidos entre la segunda mitad del siglo XIX y la segunda del XX.

* * *

Los escritos profesionales no académicos de Alonso Zamora se iniciaron, recién terminada la guerra, por la dialectología, siguiendo el impulso que en aquel momento daba Dámaso Alonso a esta rama lingüística, hasta entonces prácticamente solo cultivada entre nosotros, después de Menéndez Pidal, por investigadores extranjeros.

El primer trabajo de Zamora, aprovechando su primer destino docente, sobre *El habla de Mérida y sus cercanías*, que constituyó su tesis doctoral, salió como libro en 1943. Se dedicó luego al habla albaceteña (1943, 1949 y 1950). Con el propio Dámaso Alonso y con María Josefa Canellada estudió las vocales andaluzas (1950). El gallego mereció su atención en cuatro aspectos: el seseo (1951), la geadá (1952) y dos tipos de evolución fonética: *-aol/-an* y *-uit/-oit-* (1953 y 1963). El léxico rural asturiano de Libardón, Colunga, y el de la cestería popular del Principado, fueron objeto de sendos trabajos (1955 y 1976). Se ocupó del habla de Madrid en su artículo *Una mirada al hablar madrileño* (1961) y en una parte sustancial de su discurso aca-

démico sobre *Luces de bohemia*, de Valle-Inclán (1967). De su estancia en América fueron fruto dos importantes monografías: *Rehilamiento porteño* (1949) y *Vocales caducas en el español mexicano* (1960), escrita esta en colaboración con María Josefa Canellada; y otro panorámico, *Algunos aspectos generales del español americano* (1962). Estudió además la imagen de lo dialectal en un poeta moderno: *El dialectalismo de José María Gabriel y Galán* (1950), y en un poeta clásico: *Sobre la fabla antigua de Lope de Vega* (1983). Una selección brevísima de los artículos aquí mencionados fue publicada a modo de homenaje en 1986 por la Universidad de Santiago con el título de *Estudios de dialectología hispánica*.

Alonso Zamora compuso su visión de síntesis de nuestro mosaico dialectal en un libro de 1960: el manual *Dialectología española*, que tuvo una segunda edición muy ampliada en 1967 (muy reimpresa después), y del que se beneficiaron varias generaciones de universitarios. («No sé cuánta dialectología aprendí de él», escribiría años después Manuel Alvar, otro de los grandes en la materia). Sin embargo, pasados los años, el mismo Zamora advirtió que ya no lo retocaría nunca. «El contenido de ese libro –decía– es testimonial. Desenvuelve un mapa de un pasado aún no lejano, pero pasado. [...] Mi libro nos dice tan solo una verdad inesquivable: *esto fue así*. Y añadido hoy, y descargo mi conciencia: y *ya no es*».

Más tarde, en 1982, intervino con autoridad y acierto en un punto candente que tocaba de cerca a su especialidad, manifestando en un ensayo, *Regiones con una lengua al fondo*, su profunda preocupación, como buen conocedor del mapa lingüístico de España, por los desmanes que los gobiernos autonómicos nacidos tras la Dictadura estaban cometiendo contra los derechos de los ciudadanos en nombre de la necia obsesión por la «identidad» aplicada a las lenguas.

No fue el terreno de la dialectología y la geografía lingüística la única parcela del lenguaje cultivada por Zamora. A la lengua de todos atienden unas juveniles *Notas sobre la enseñanza de la lengua y literatura nacionales* (1943), y son de época más madura unas reflexiones sobre la *Nivelación artística del idioma* (1964) y *El idioma español y la publicidad*

(1970). Con muy otro registro, varios artículos de divulgación en tono desenfadado están recopilados en dos libros de sus últimos años: *Al trasluz de la lengua actual* (1988) y *La otra esquina de la lengua* (1995).

* * *

Era característica frecuente entre los miembros de la escuela de Menéndez Pidal –de la que él fue el último superviviente– la emparejada dedicación a la lingüística y a la historia y crítica literarias. Alonso Zamora no desmiente tal tendencia. Y no ha sido pequeña su labor en este segundo territorio.

De hecho, su primera publicación, en 1940, no fue sobre lenguas y hablas, sino sobre letras: un artículo sobre Juan Pablo Forner. Y poco más tarde empezaron a aparecer sus ediciones de clásicos, prologadas y anotadas: Francisco de la Torre (*Poemas*, 1944), el mismo Forner (*Oración apologética*, 1945), el *Poema de Fernán González* (1946 y 1954), Tirso de Molina (*El amor médico* y *Averigüelo Vargas*, con María Josefa Canellada, 1947; *Por el sótano y el torno*, 1949; *Don Gil de las calzas verdes*, 1990), Lope de Vega (*El villano en su rincón*, 1961 y 1963; *Las bizarrías de Belisa*, *Peribáñez* y *La dama boba*, 1963; *Las famosas asturianas*, 1982), Gil Vicente (*Comedia del viudo*, 1962), Valle-Inclán (*Luces de bohemia*, 1973; *Tirano Banderas*, 1978), Cervantes (*Entremeses*, 1979). Y no hablo de las numerosas ediciones, aligeradas de erudición, que destinadas al gran público aparecieron durante cuatro largas décadas en España y en Méjico.

Unas y otras salían alternando con ensayos de tema literario, siempre sagaces, siempre luminosos, ofrecidos en distintas publicaciones periódicas, especialmente argentinas. Muchos de ellos versaban sobre escritores, obras y temas de su devoción: Valle-Inclán, Tirso, Cervantes, Lope, Garcilaso, Galdós, Azorín, Miró, Baroja, Ortega, Lorca, Cela, el *Lazarillo*, la *Celestina*, poetas y prosistas portugueses, el petrarquismo, el género chico... Número notable de estos artículos se agruparon en libros o fueron parte de libros: *De Garcilaso a Valle-Inclán* (1950), *Presencia de los clásicos* (1951), *Voz de la letra* (1958), *Lengua, literatura, intimidad* (1966) y *Libros, hombres, paisajes* (1985).

Y, naturalmente, están sus libros monográficos dedicados a figuras singulares. De estas figuras, Valle-Inclán fue la más intensamente enfocada: en 1951 ya apareció *Las Sonatas de Ramón del Valle-Inclán: contribución al estudio de la prosa modernista*, que se reeditó en 1955 y 1967. En el mismo 1967 su discurso de ingreso en esta Academia era *Asedio a "Luces de bohemia", primer esperpento de Ramón del Valle-Inclán*, que, revisado y con nuevo título —*La realidad esperpéntica (aproximación a «Luces de bohemia»)*—, renació en 1969 ganando el Premio Nacional de Ensayo Miguel de Unamuno (nueva ed., 1983). En 1968 añadió una nueva mirada, *Valle-Inclán, novelista por entregas*. Y habría que recordar aquí los estudios preliminares a las ediciones citadas de *Luces de bohemia* y *Tirano Banderas*.

Otros autores que recibieron la especial atención de un volumen propio fueron Lope de Vega, en vísperas de su centenario (*Lope de Vega: su vida y su obra*, 1961), por otra parte también editado por él varias veces como dramaturgo; y Camilo José Cela, con un libro (*Camilo José Cela, acercamiento a un escritor*, 1962) que constituía el primer estudio erudito sobre el novelista.

* * *

En fin, me queda recordar la copiosa veta de la creación literaria de Alonso Zamora, que en su bibliografía total ocupa bastante más espacio que la suma de la producción lingüística y la crítico-literaria. Como característica general, Santos Sanz Villanueva ha calificado al creador Zamora de autor «excéntrico»; es decir, sin conexión alguna con las tendencias que regían en España cuando él hacía acto de presencia en el arte literario. Y sin duda su obra destaca por su fuerte personalidad y su aspecto innovador. (La bibliografía sobre creación, cuestiones parciales u obras concretas de Zamora Vicente es abundantísima. Un importante estudio de conjunto precede a la antología que publicó Jesús Sánchez Lobato en 1998).

El sector creativo de su obra puede repartirse en dos grandes estancias: la *evocación* y la *narración*. De las dos direcciones, la primera en darse a conocer fue la de *evocación*. Y el comienzo tuvo lugar en su

etapa de Buenos Aires, en forma de artículos publicados casi todos en el suplemento literario del diario *La Nación*. Allí empezó, en 1949, una larga serie que se prolongó incluso años después de abandonar la Argentina. Unos reflejaban vivencias personales del pasado; otros traían escenarios y ambientes revividos; otros trazaban la imagen de personas concretas guardada en la memoria.

Algunos de estos artículos se unieron a otras páginas nuevas para formar su primer libro de creación: *Primeras hojas* (1955; 2.^a ed. ampliada, 1985), constituido por dieciocho estampas en que el autor adulto contaba, con arte singular, el mundo interior y exterior del niño que él fue en un Madrid de alrededor de 1920. Mucho después, en 1991, otras veinte estampas, reunidas bajo el título *Examen de ingreso: Madrid, años veinte*, traían, a través de la memoria y el arte del escritor, al mismo niño en un momento posterior de su vida y de la de su ciudad, momento decisivo en la existencia de ambos. Víctor García de la Concha ha señalado en estos dos libros, particularmente en el segundo, un interesante paralelismo con otro ilustre creador de estampas, el Juan Ramón de *Platero y yo*.

Otra serie de veintidós artículos publicados en *La Nación* entre 1951 y 1969 se agrupó en 1984 en un volumen bajo el apropiado título de *Suplemento literario*. Y otro libro de carácter más misceláneo, *Libros, hombres, paisajes* (1985), recogía nueve artículos más de temas y forma análogos a los coleccionados en el anterior. Unos y otros ya no son recuerdos autobiográficos más o menos estilizados, sino recuperación de lugares y de instantes, impresiones sacadas de las galerías de la memoria, observación de la vida que se mueve alrededor. Las páginas de los dos libros se caracterizan por un extraordinario dominio de los recursos expresivos del idioma, puestos al servicio de una retención finísima de la realidad y de sus detalles y por una sensibilidad capaz de captar la belleza íntima de las cosas. La alta calidad lírica de estas prosas ha hecho pensar a los críticos que en una etapa precoz de su formación había habido en Alonso Zamora una dedicación poética que siempre mantuvo en el mayor recato.

La segunda estancia que he señalado en la obra literaria de Alonso Zamora, la *narrativa*, pertenece en su mayor parte al género cuento, estrenado por él con posterioridad a las estampas poemáticas de *Primeras hojas*. Piezas iniciales en este nuevo camino son, creo, las siete originalísimas integrantes del libro *Smith y Ramirez, S. A.* (1957), que Sanz Villanueva ha descrito como «una mezcla muy moderna de grotesco, absurdo, fantástico y kafkiano». Pero el resto de la cuentística de Zamora Vicente discurre por una línea muy distinta. Son los relatos que algunos críticos llaman «de la gente»: un neorrealismo en que típicamente la acción es mínima y el escritor se esfuma o poco menos, dejando a personajes vulgares contar su vida, su situación, su contento o su pena a un invisible y mudo interlocutor, o a sí mismos en el desahogo de un monólogo interior. Sobre estos personajes, decía Rafael Lapesa, «proyecta el autor su ironía, sorprendiendo y caricaturizando lo ridículo, pretencioso y artificial», o poniendo en la picota «los prejuicios, la intolerancia, la dureza de corazón»; pero siempre «indulgente con las gentes sencillas, aunque no les ahorre torpezas, debilidades o rasgos cómicos para que no pierdan su humana autenticidad». Es «un humor —como ha percibido Óscar Barrero— que tiene más de tierno que de cáustico», y donde es frecuente «la mirada solidaria hacia los seres aherrojados en su soledad».

Solo un cuento largo, *Un balcón a la plaza* (1965), que algunos han clasificado como novela corta, ocupa un tomo aparte. Todos los demás, casi siempre primero publicados sueltos en distintos periódicos, están agrupados en once volúmenes con títulos diversos: *A traque barraque* (1972), *Desorganización* (1975), *El mundo puede ser nuestro* (1976), *Sin levantar cabeza* (1977; 2.^a ed., 2006), *Tute de difuntos* (1982), *Estampas de la calle* (1983), *Voces sin rostro* (1989), *Historias de viva voz* (1995), *Hablan de la feria* (1995), *Cuentos con gusano dentro* (1998), *¡Estos pobres diablos!* (1999).

Dentro de la vertiente narrativa de Alonso Zamora, frente a la pléthora de cuentos que acabo de recordar, solo figuran dos novelas tardías, publicadas cuando el escritor había rebasado los sesenta años: *Mesa, sobremesa* (1980; 2.^a ed., 2003) y *Vegas Bajas* (1987). La prime-

ra, *Mesa, sobremesa*, que ganó para su autor el Premio Nacional de Literatura (Novela), profundiza en esa línea de crítica social envuelta en ironía y humor tan presente en los cuentos; pero ofrece la particularidad técnica de que el relato se desenvuelve, a trechos, en dos niveles paralelos y simultáneos reflejados en la estructura de las páginas: el externo de los hechos y palabras de los actores y el interno de la conciencia de los mismos actores.

La otra novela, *Vegas Bajas*, es la obra de creación más extensa y compleja escrita por Zamora Vicente, donde, según Ángel Prieto de Paula, «los personajes ceden el protagonismo al lugar donde transcurre la vida [...], el cual actúa como punto central donde se encuentran, en encrucijadas plurales, historias de ayer y de hoy, secuencias diacrónicas y sincrónicas». El pueblo es «una molécula donde se reproducen [...] los acontecimientos de la humanidad que se cortan y se cruzan».

En los cuentos y novelas de Alonso Zamora el habla de cada personaje desempeña un papel esencial en su caracterización. Ha sido prácticamente unánime el elogio de los críticos por el acierto en la reproducción de la lengua popular y coloquial, especialmente la madrileña; y sin duda Zamora fue en esto, como en muchos otros aspectos, un admirable observador; aunque no sea inoportuno matizar, como apunta Sanz Villanueva, que es un lenguaje más atento «al espíritu que late en la charla de la calle» que «a la fidelidad magnetofónica». El mismo Alonso Zamora dijo en una entrevista que la lengua de sus narraciones «está tamizada y reelaborada». Es un hecho perfectamente normal en todas las formas de realismo en el arte.

* * *

Aparte del afecto de muchos de sus alumnos repartidos por dos continentes, fueron numerosos los homenajes públicos y publicados, honores, condecoraciones, reconocimientos varios, españoles y extranjeros, cosechados por Alonso Zamora en su carrera profesional. Para no ser demasiado prolijo, no los enumero ahora. Por otra parte,

él nunca se envaneció con ellos. Sin duda, cómo no, los agradecía y valoraba, pero no eran para él lo más importante del mundo.

Zamora Vicente no solo tuvo una trayectoria prolífica como investigador, como profesor, como crítico e historiador de la literatura y como creador. Fue además larga su vinculación a la Real Academia Española: cuarenta y ocho años, contados desde el primer paso de Académico correspondiente hasta el final de su vida; y de esos cuarenta y ocho, dieciocho entregados a las responsabilidades de la secretaría. El día en que se lo llevó la muerte, aún estaba atareado en completar la última obra realizada al servicio de la Casa. Ojalá lleguemos algún día a contar con esa necesaria segunda edición de la *Historia de la Academia*. Sería deplorable que esta obra fuese arrinconada por la misma Academia, como tantas veces lo han sido otras empresas propias, de calidad e importancia reconocidas.

Alonso Zamora Vicente merece hoy, por su vida y por sus obras, el recuerdo afectuoso y la gratitud de la Academia, por la que tanto trabajó, y en especial de quienes fuimos aquí sus compañeros y amigos y seguiremos siendo los admiradores de su legado.

MANUEL SECO